



***Creación
literaria***

poesía



Eduardo Embry
Vicente Cervera Salinas
Juan Carlos Galeano

A veces me siento casi feliz de ver a la gente que habla sola

Son tantos que se ven ahora
hablando solos por las calles,
“aquí estoy - y tú, ¿dónde estás?”
la tecnología pegada a las orejas,
y soy casi feliz
¿por qué no he de serlo?
ahora toda la gente,
en cadenas infinitas,
una a la otra, a cada segundo,
se cuida, se dice cosas, se comunica,
¿recuerdas esas casetas rojas, animales
de hierro casi completamente en extinción?
si hubiésemos tenido
estos digitales de ahora
pegados a la oreja,
tú no hubieses esperado
tanto tiempo por mí
bajo una lluvia casi infinita,
qué difícil era explicar
estos inconvenientes;
aquel autobús no se detuvo
en la parada, y te vi, sin poder
gritar desde adentro “aquí estoy”,
bajo aquel cielo que derrumbaba
toda la lluvia del mundo sobre ti;
¿cómo no voy a estar casi feliz,
la gente atraviesa las calles,
habla que habla, sola y en voz alta?
“aquí estoy - y tú, ¿dónde estás?”
hasta uno tiene la ilusión
que los problemas más difíciles de esta tierra
pueden ser resueltos de un solo porrazo.



A las tres o cuatro de la mañana

No sé qué hora es, las tres o las cuatro
de la mañana, yo quiero seguir encima
de esta flor que me he encontrado en el camino,

ella dice, ¿acaso no basta con lo que te he dado?
bueno, era por si aflojaba; me has dado como caja,
¿todavía quieres más?
ella se levanta del lecho echando una o dos maldiciones,
abre la nevera toda iluminada sobre su rostro,
no hay leche, no hay cerveza,
¿qué voy a beber a hora?
dando un portazo sale a la calle, desaparece;
se ha marchado de casa muy desilusionada,
ya en soledad que es mi acostumbrada compañera,
reviso rápidamente todas mis partes,
la bribona se ha ido con una de mis orejas.



Uno lee con el ojo del diablo

A pesar de tanto cataclismo, el refrán
del diablo dicho al revés, todo lo aclara:
los genes no se detienen; uno por uno,
atraviesan los trajes;

es por eso que los monumentos viven,
se ganan el sustento en las plazas públicas,
son como las monedas, con el tiempo se gastan;

los pájaros en cualquier parte del mundo
son los mismos pájaros que cantan en las mañanas,
intercambian caras de piedra
por aves más bonitas;

aquellos monumentos que eran estatuas ecuestres,
sin saberlo uno, andan por las calles,
poco tiempo después se convierten
en un puñado de arena,
son como los manzanos misteriosos:
se ayudan con los insectos, como una lotería,
que puede ser y no ser; una aguja perdida
en un pajar; aquí me tranco en mi lectura,
no puedo pasar a la página siguiente,
me saco mis gafas, con la manga de mi camisa
refriego mis ojos, feroz aviso de la tierra,
ya no puedo leer la página,
agujeros de cucarachas la borran,
uno se muere, caramba, y automáticamente
la poesía se escribe sola.



Bono para pensionados

Esto de ser poeta y pensionado,
todo a una vez, no suena bien,
ni en poesía ni en las instrucciones
que vienen con el formulario que debo rellenar
para que el gobierno de este país
me mande un bono gratis
para pagar la cuenta del gas;
que de dónde vengo,
o que si tengo o no tengo amores;
en estos casilleros para rellenar
no hay espacio
para el sonido de mis palabras,
que si el mes recién pasado
la amante que tenía
se marchó con la luz y el gas
que me daban un poco más de vida,
a la agencia del desempleo
no le importa este asunto;
siento la frialdad de la burocracia,
más épica que un caballo, la siento
hasta los huesos, no como una crisis,
más bien como un derecho
que nunca debiera reclamar,
porque este bono para matar el frío
se nos otorga gratuitamente;
¿qué debo hacer, por ejemplo,
si la amante que tenía,
calorcito del gas y luz de mi vida,
le vinieran ganas de regresar a casa?
otra vez, se borra el sonido de las palabras
y toda la poesía lírica del mundo desaparece;
las instrucciones que vienen
con este formulario para rellenar
tampoco dicen nada.



Corazón lleno de fábulas

Entonces yo vivía con el corazón
inflado lleno de arroz y maíz
del molino “levántate y anda”,
conocía al revés y al derecho
los mejores dichos y refranes

de un país fresco y fragante
en la piel de mi amada,
al lado de unos viejos maestros
que habiendo plantado un árbol
y tenido por bien un hijo
dejaron que sus libros
se llenaran con huecos de cucarachas,
picoteados por gallinas y polluelos,
de hojas secas y mal olientes;
entonces lo único que valía
era mi corazón, a porfía, y nada más
que mi corazón, una especie
de santo predicador
que iba de una aldea a otra
de narices respingadas
despojándose de sus vestidos,
uno por uno, hasta quedar desnudo,
sin conflicto de sexo ni de generaciones,
unido a la naturaleza de las flores,
como a veces me adhiero a ti,
soy un árbol tremendamente robusto
que se pega a tus hojitas.



Hablando de sillas

Ahora se me presentan las sillas
como nueva problemática
para mi cabeza empírica,
sillas y sillas
que quisieran darme aviso
de lo que ya ha sucedido
en otros tiempos;
ahí está ante mí la primera
piedra donde una vez me senté
para descansar en el camino,
toda arrugada como una anciana
de lengua larga y picante,
quisiera lanzar el primer chiste;
pero las sillas que más me incomodan
son aquellas sillas relacionadas
con el amor,
sillas malditas que no tienen
nada más que hacer:
movimientos fríos y mecánicos;
sillas y más sillas

que no me alegran tanto
como las sillas que he visto
de Paris o de Londres,
puestas sobre lunetas iluminadas,
verdes, azules y tonos más oscuros,
a la hora que ya
nadie las ocupa, excepto la luz
que reposa tranquila
en los grandes comedores
del mundo;
sillas y más sillas
como grandes metáforas de cuatro patas,
arañas y gatos que yo solía recibir
en mis cumpleaños, en refranes
que por un oído entran
y por el otro salen; esto es
lo que siento: entre una oreja y otra oreja,
para mi cabeza empírica – por haberlo dicho todo,
un vacío absoluto.



Muy temprano dando gritos

Qué leseras, hoy me he levantado muy temprano
dando gritos de júbilo, sólo
para cabrear al demonio:
dios es transparente, dios no tiene color,
dios es del color como lo mires,
dios está en todas partes,
dios en viva las rosas,
dios en viva el amor,
dios es un enjuague de verde
de sol amarillento y de praderas;
mujer, dios se enreda
en las preguntas que te hago,
¿puedes dejar de quererme
en este día tan hermoso?
y en fin: tenía para ti otra pregunta,
pero uno de esos diosillos desnudos de los griegos
me la ha quitado de la boca.



Esta ciudad es bien injusta

Esta ciudad es bien injusta,
nada tiene que ver con mis temblores,
si la lluvia se precipita
sobre una lengua de agua que corre
por cañerías
es un capítulo accidental
que me toca,
esta ciudad debería apartarse de mí,
retirar la ropa tendida en los cordeles,
cerrar sus ventanas y sus puertas,
guardarse bien para la próxima temporada;
busco con mi lengua
la saliva que lleve mis genes,
con esto se decide
mi independencia absoluta
de estas torres altas
donde los caballeros
ya no se miden por su espada;
aquí, al pie de los héroes,
madero por madero, comienzo
a construir mi casa en la luna.



Percheros raros de Winchester

Hay percheros que parecen
monjes armarios, algunos son anchos,
otros, más delgados, pero ambos
llevan decoraciones
de muebles más antiguos,
tienen orgullo de llevar nombres
de personajes famosos,
rosetas, figuras moldeadas,
bailarinas discretas
y en el medio de todo, un espejo
donde yo no me miro, no, jamás,
la imagen que aquí se refleja
se pega
en las maderas de atrás,
demoraría siglos en desprenderla,
atrapadas como almejas a las rocas,
siempre ha sido difícil, un siglo para
arrancar las imágenes,